

El lecho.

I

Para ser rubia, ella no había hecho uso de ninguna de las veinte y seis recetas que Leonardo Fiozavanti daba antiguamente á las damas de Venecia. De esas recetas, entre las menos complicadas, puede juzgarse por la siguiente:

«Tómese salitre, alumbre de roca, vitriolo
»y azufre, en junto una libra; cuatro onzas
»de acibar, una de azafrán y dos de calabaza;
»mézclase y muélase; introdúzcase todo en
»una retorta bien cerrada con su recipiente;
»colóquese sobre un hornillo y destílese.
»Añádase en seguida cuatro litros de vino

» blanco dulce y cuatro onzas de miel común.
 » Póngase bien tapado dentro de un frasco
 » de vidrio; expóngase al sol. Mojando el
 » cabello con esta mixtura, resultará un
 » color rubio bellissimo.»

Ella no había seguido tampoco los consejos de Juan Marinello:

«El cabello se volverá rubio con esta
 » composición: Hágase hervir en agua clara
 » cenizas de sarmiento, con paja de cebada,
 » bonetero, palo de regaliz despojado de su
 » primera corteza y machacado junto con un
 » limón. Tamícese la lejía que resulta á tra-
 » vés de un lienzo. Lavando la cabeza con
 » ella, dejando secar luégo el cabello por sí
 » solo y renovando á menudo igual operación,
 » el cabello se vuelve rubio como el oro.»

Igualmente, le eran desconocidos los *Secretos* y *recetas* de la gran Catalina Sforza, dama de Forli: hé aquí una muestra:

«Tómese sangre de drago, azafrán y
 » azufre, destílese por alambique, empápe-
 » se la cabeza con esa mixtura, pasando y
 » repasando el peine, déjese secar el cabello
 » al sol, y se obtendrá un matiz rubio que
 » competirá con el oro.»

Nunca había oído ella mentar siquiera los títulos de estos libros: *Secretos notables del arte de perfumería*; *Resumen de los secretos racionales*; *Ornamentos*; *Cómo se vuelve el cabello rubio á la napolitana, cómo á la veneciana*; *Afeites*; *Arte de volver amarillo* y el *Recetario* (sobre el tocador secreto de las mujeres), conservado este último en los archivos de Venecia, procedente de los cofres particulares de una bella veneciana, la condesa de Nani.

Jamás le había ocurrido echar mano de los polvos de oro, ni de la cáscara verde de nueces, ni de la mezcla de heces de vinagre y aceite de lentisco, que vuelve rubio el cabello en una sola noche.

No llevaba ni trenzas postizas, ni moño prendido, ni peluca de «color tierno.»

Desdeñaba todos esos subterfugios, porque era ella rubia natural, «maravilla de la naturaleza,» como lo habían sido las diosas antiguas cantadas por Hesiodo, Homero, Virgilio, Dante y el Tasso.

Como Inés Loret, Diana de Poitiers, María Estuardo, y aquella bella Paula de Tolosa, que hacía furor en el siglo xvi: «Cuando

ésta aparecía en público, la turba de admiradores se agolpaba como la muchedumbre en una sedición. Era necesaria nada menos que la intervención de los capitolinos, para librarla de las importunidades de aquellos idólatras. Pero esos sabios magistrados conocían harto bien el corazón humano para no solicitar, y obtener, en compensación, la condescendencia del ídolo, de dejarse ver en público dos veces por semana, dulce violencia sin duda alguna.»

Rubia, como lo fueron la reina María Teresa, Isabel de Francia, la gran señorita y la condesa de Fiesch, de cenicienta cabellera y negros ojos brillantes; la bella María Loredan, «ese bello tesoro, cuya infinita belleza es tan grande que su Venecia con ella parece embellecida;» Laura Grimani, Lucrecia Petsaro, «cisnes blancos, vírgenes con alas que serían bellas en el mismo Paraíso;» Catalina Secca y Violante Provana, «de cuyos cabellos esplendentes saca el oro su más brillante matiz;» la condesa de Sala, cantada por el Tasso: «Lleva una corona de cabellos de oro; ornato el más divino que pueda engalanar una frente.»

Como la duquesa de Longueville, rubia plateada con ojos de celeste azul; las condesas de Griñán, de Lafayette, la marquesa de Sevigné, la ilustre Ninón de Leuclós, la suave violeta La Valière, la altiva Montespán, la bella Fontanges, tan cruelmente «herida en el servicio,» que todas ellas reunían los matices que más gustaban, y la duquesa de Chevreuse y madama Enriqueta de Inglaterra, duquesa de Orleans, y madama de Hautefort que tenía á medida del deseo una cabellera de ámbar la más bella del mundo, y tantas otras más modernas, hoy día vivientes, harto vivientes para que se las pueda nombrar: su modestia se espantaría.

Así, pues, decimos que Clarisa era rubia natural, de un rubio leonado, tirando hacia el rubio ardiente (*rutilus, rutila, pellis*).

Esta circunstancia, bastante rara en estos tiempos, le ha valido su magnífico palacio, los cuadros, los objetos de arte que profusamente le adornan, rentas muy sólidas é ingresos eventuales, el día al día, ó más bien la noche á la noche. Creemos que sólo haya contribuido, haciendo resaltar mejor su per-

fil de virgen, sus ojos azules de inocencia sin par, su talle de niña y sus gustos artísticos. Sí, artísticos, no se extrañe: bien que, no saliendo de su esfera de mujer de placer, se ha hecho apreciar de un modo y otro, á saltos como mujer de letras, y hábil en pintura y escultura.

Hasta en arquitectura también, ejerciendo el arte de tapicería en momentos perdidos. Con arreglo á sus planos se ha construído su palacio, y ella misma ha ornamentado su mueblaje, poco á poco, lentamente, para mayor perfección, tan lentamente que el año pasado dormía aún en una cama provisional, verdadera cama de colegiala. No era por espíritu de penitencia, ni por volver á sus primeros amores; quería un lecho á lo Luis XV, de estilo sin mezcla, y no podía encontrarlo de venta en ninguno de los almacenes de más fama.

Sabe un día que el lecho que ella desea, «ese asilo de las gracias,» ese templo de los amores, como se decía en el siglo XVIII, existe en casa de Recapé. Presto, presto, sube en carruaje, y llega al almacén del reputado mercader, el artista en muebles antiguos.

— Me han dicho que tiene usted un lecho de la época de Luis XV. ¿Es así?

— Sí, señora. Acabo de comprarle en la venta del duque de Hamilton.

— ¿Es auténtico?

— Auténtico é histórico; perteneció á María Leczinska, esposa de Luis XV.

— ¡Ah! ¡De veras! Vamos á verle.

Pocos momentos después, Recapé le mostraba el lecho de Luis XV á Clarisa:

—Vea Vd., señora—le decía.—Como todos los catres de aquella época, es casi cuadrado. Lo mismo puede uno acostarse á lo largo que á lo ancho... Repare Vd. la gracia de los cuatro pies de ciervo que sirven de sostén, y esos escudos de bronce cincelados por Gouthiere... Está completo, no falta ningún adorno.. Vea en el testero esa luna veneciana, cuyas molduras son de Lucas de Nehén... Admire esa pintura en el centro del dosel, ese cielo de amorcillos batiendo sus alas. Se atribuye esa obra al pintor Druais.

— Todo bello, bellissimo en efecto; pero ¿qué precio?

— Veinte y cinco mil francos.

— ¡Oh!

— Bien los vale.

— No digo que no; pero, ¡veinte y cinco mil francos por una cama!

— No es precisamente una cama, es un recuerdo histórico.

— Sí... María Leczinska, ya sé — dice concluyendo su frase Clarisa, y quedando pensativa.

Examina largo tiempo; como verdadera conocedora, se da cuenta de todos los detalles, pasa con cariño los dedos por los cincelados de bronce, los pies de ciervo; después dice que lo pensará, y vuelve á tomar su coche.

Había en efecto materia para pensar: Clarisa no es de esas mujeres que gastan el dinero á troche y moche; hartó sabe lo que cuesta. Ella había calculado procurarse un lecho por algunos miles de francos, de cinco á diez, y, como mujer de orden, tenía ahorrada esa suma. Pero, ¡veinte y cinco mil francos! ¡Era exorbitante!

Sin embargo, la luna con su hermoso marco, el cielo de Druais, los broncees, los pies de ciervo (un emblema), vuelven sin

cesar á su mente. La artista, como ella es, y también la mujer de imaginación viva, como la suya es, se entusiasman con el recuerdo. Ve á María Leczinska bajo aquel dosel, en aquel gran lecho, y la idea de acostarse, de extenderse, de arrellanarse, en el mismo sitio que una reina de Francia, hace circular por todo su cuerpo estremecimientos de deseo.

En 1871, durante la Comuna, hallándose en Bélgica una de las más hermosas mujeres de nuestra época, artista de talento, fué presentada á una alteza real. En seguida, comprendió que había causado sensación (y no se equivocaba, pues la sensación dura todavía), é inmediatamente, para agradar á la alteza, para conocer bien su presente como su pasado, acude á algunos parisienses refugiados como ella en Bélgica, hombres de letras, y les pide le procuren la historia de la casa de Condé. La rubia Clarisa tuvo igual pensamiento bellissimo, lleno de delicadeza: antes de entrar en el lecho de María Leczinska, si de hecho se decidía á entrar en él, quiso conocer la vida de esta reina de Francia. Compró algunos

libros de historia, y por ellos aprendió que la esposa de Luis XV había tenido diez hijos, y héchose notable por sus virtudes regias y domésticas, en una época en que todas las virtudes holgaban.

Y por lo mismo, concibió un deseo aun más inmoderado de hacerse propietaria del mueble, tan largo tiempo habitado por una mujer honrada. La virtud ejerce un gran prestigio en el corazón de aquellas para quien es extranjera. Cuanto menos se la practica, mas se la admira, y, con arreglo á eso, Clarisa debía admirarla mucho.

Pero el mueble venerado, la reliquia, ¡costaba veinte y cinco mil francos!

Bah! Con la posición que había llegado á formarse, rica, brillando en primera línea, fácilmente encontraría esa suma. Quince años antes, en todo el desarrollo de su juventud, fresca, adorable, casi virgen, teniendo necesidad urgente de cinco luises, se los rehusaron. Pero, hoy día, que no necesita nada, y que juventud, frescura, inocencia, habían perdido sus tempranos primores, nadie le rehusaba nada, todos se complacían en satisfacer sus más costosos

caprichos. El parisiense, y sobre todo el extranjero, son seres originales: prefieren las conservas á las primicias, con tal que les sirvan las conservas en espléndida vajilla, en fonda afamada y muy concurrida.

Acordóse Clarisa que cierto banquero, muy generoso, gran corredor de mujeres en moda, á caza de estrellas (ha construído un telescopio para divisarlas mejor), le había dicho: «Me parece Vd. muy luminosa, desearía observarla de cerca; cuando tenga tiempo para dejarse estudiar, hágame una seña, que yo acudiré al punto.»

Y ella hizo la seña. Y él acudió, y estudió no solo la estrella, sino su atmósfera, cuanto la rodeaba; echó de ver la cama de colegiala, le pareció ciertamente muy estrecha, y ofreció el lecho de Luis XV.

II

Inmediatamente Clarisa voló al almacén de Recapé. Estaba toda rozagante, risueña, casi orgullosa de haberse prestado á las observaciones de un astrónomo, á fin de po-

seer un recuerdo de María Leczinska. En otro tiempo, Enrique IV había dicho: «Bien vale París una misa.» Ella á su vez decía: «Bien vale el lecho de una reina de Francia una noche de estudio.»

— ¡Mi catre! — prorrumpió al entrar. — Me decido á tomarle.

— ¿Qué catre, señora?

— Ya sabe Vd., el gran lecho de Luis XV.

— No le tengo ya.

— ¿Cómo? Me prometió Vd. que me esperaría.

— Dos dias he esperado. Y, viendo que no volvía Vd., ni recibiendo siquiera una esquela...

— ¡Le ha vendido Vd!

— Ayer noche.

— ¿Y es una venta definitiva?

— Esta mañana he hecho entrega de él, y me han pagado al contado.

— ¡Ah!... ¡Qué contrariedad para mí!... ¿Quién compra tan fácilmente y paga tan pronto camas de veinte y cinco mil francos?

— La marquesa de X...

— ¡La marquesa de X!... No la conozco.

¿Pertenece al gran mundo?

— ¡Oh! Seguramente.

Clarisa partió despechada, furiosa. Aquel deseo no saciado, aquel lecho desaparecido, le causaban mil punzadas. ¡Y ver que el objeto de sus ansias le había sido arrebatado por una mujer de la alta sociedad! ¡Siempre las señoras de la alta sociedad! No se contentaban con acaparar para sí solas la consideración, los respetos humanos, y á veces tomarle á ella sus amantes, sino que hasta le tomaban su lecho! ¡Sí, su lecho! Desde la noche de los estudios astronómicos, le creía propiedad suya, positivamente suya. En sueños, le había colocado en su gran alcoba, enfrente de dos ventanas; habíase tendido en él, á lo largo, á lo ancho, los ojos medio cerrados, los brazos encorvados bajo la cabeza, su larga cabellera rubia flotando sobre las almohadas. Y casi, por un esfuerzo de imaginación, había llegado á olvidar su propia personalidad, su origen, el pasado, el presente, y á figurarse ser ella María Leczinska, reina de Francia, hija de Estanislao, rey de Polonia y duque de Lorena.

Sí, la ilusión era tan completa que, en

un momento de olvido, acordándose del epíteto dado á Luis XV, había llamado á su banquero-astrónomo: «Mi muy amado.»

De repente, cesando su sueño, caía de su trono, rodaba del lecho, y volvía á ser Clarisa, sin más ni menos, simple estrella en el cielo de las degradadas.

III

A ningún otro podía haberse dirigido con mayor acierto que á D..., á quien sus amigos llaman el *indicador*. Este personaje es un verdadero pozo de ciencia. Conocía el nombre, señas, historia oficial ó secreta de todos los parisienses de ambos sexos, comprendiendo la colonia extranjera. Pronto se haría millonario, si le ocurriera instalar un gabinete de negocios: la mitad de París iría á su oficina á tomar informes sobre la otra mitad. Pero es rico y sólo trabaja por gusto, por la gloria, por el honor. Es el Dangau de nuestra época.

—Amigo mío— díjole Clarisa, presentándole una copa de vino de Madera, —

no le pregunto si conoce á la marquesa de X..., sería injuriarle. Pero ruego á Vd. me edifique en lo que la atañe: ¿qué clase de mujer es?

— ¿En cuánto al físico, ó á lo moral?

— Ambos conceptos: empecemos por el físico.

— Es muy linda.

— Tanto mejor para ella, y los demás. ¿Gruesa ó flaca?

— Más bien gruesa, á juzgar por sus brazos de un moldeado perfecto, sus hombros de una redondez exquisita, y...

— Basta, ya me la figuro. ¿Es alta sin duda?

— Sí, sin serlo demasiado.

— ¿Rubia ó morena?

— Rubia, muy rubia.

— ¿De matiz como el mío?

— No, rubia cenicienta, trasparente, como el ámbar, ojos negros.

— ¡Oh! ¡oh! ¡Vaya una originalidad!

— Nariz recta, cutis delicioso, y una boca diminuta, con labios desdeñosos.

— Verdadera marquesa del siglo XVIII, entonces.